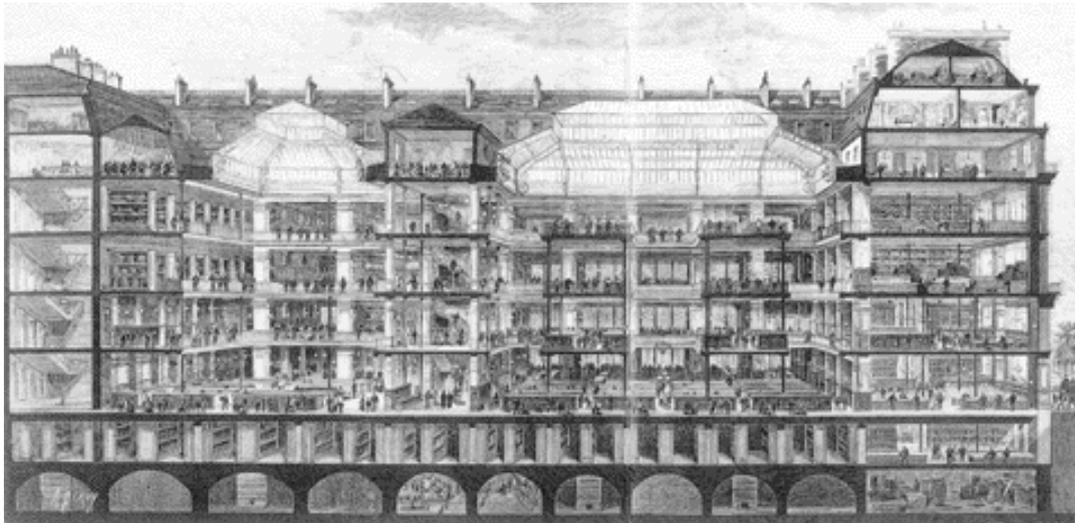


# Breve fábula del morbo

Mauricio Molina



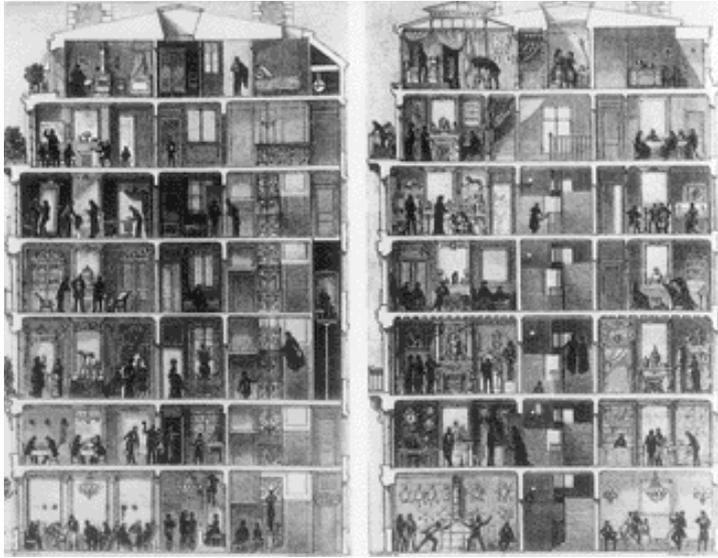
“Como mirar las ruinas de una civilización recién descubierta en otro planeta”

*Para Carmen Uriarte*

Debo confesar que soy un chismoso impenitente. Enterarme de las sordideces y menudencias de la vida de los demás provoca en mí una suerte de placer que me resulta imposible de explicar. Vicio: goce malsano. Admiro esos voyeuristas que viven en edificios muy altos que se pertrechan con telescopios y binoculares para espiar a sus vecinos.

Para mi descargo creo que la actividad del chismoso es también, en muchos casos, la del escritor: escuchamos una historia en la mesa de junto mientras tomamos un café o nos bebemos un trago en alguna cantina. Así nos enteramos de historias de amores rotos, infidelidades encubiertas, pequeños desastres laborales y otras hecatombes cotidianas, y de ahí, de una historia escuchada a medias, puede salir un cuento, un fragmento de novela, o simplemente un relato digno de ser contado.

Viene a mi mente el recuerdo de un amigo mío —cuyo nombre no voy a mencionar por razones hartamente evidentes y al que llamaremos X— quien un buen día comenzó a obsesionarse por una de sus vecinas. Desde la ventana, a través de sus binoculares, la seguía en su diario deambular por la casa, la espiaba mientras la mujer llevaba a cabo sus actividades diarias, como cocinar el desayuno, salir al trabajo, regresar a casa, quitarse los zapatos, encender el televisor. Evidentemente había una suerte de atracción erótica en todo el asunto, ya que la mujer era hermosa y mi amigo, como todo buen perverso, se fijaba, por ejemplo, en la ropa interior que colgaba de los tendederos, pero había algo más en el fondo. Como X vivía unos pisos más arriba que ella y su departamento estaba situado en un punto desde el cual podía observarla, no perdía hebra de la vida de su objeto de deseo. Paulatinamente se fue



"Desde la ventana, a través de sus binoculares, la seguía en su diario deambular por la casa"

enterando de que era soltera, que trabajaba en un bufete de arquitectos, que tenía un novio que la visitaba de cuando en cuando, que dormía largas siestas sabatinas recostada en el sillón de la sala. Los días en que la mujer no se encontraba en casa eran especialmente fascinantes, ya que mi amigo observaba la casa vacía: la cama perfectamente tendida, los platos impertérritos colgando del escurridor en la cocina, la televisión apagada como un robot ciego. Aquel escenario deshabitado, como la escenografía de un teatro antes de la función, era lo que más le obsesionaba: era, según su expresión un tanto hiperbólica, "como mirar las ruinas de una civilización recién descubierta en otro planeta".

La cosa es que mi amigo salió de viaje durante algunas semanas. Cuando regresó a la ciudad y pudo volverse a ubicar en su puesto de observación para mirar a su vecina, se dio cuenta de que el departamento lucía un letrero donde se anunciaba que estaba en renta. En un acto de locura momentánea decidió ir a revisar el espacio que había dejado la mujer. El promotor de la inmobiliaria lo dejó ver el lugar. Había sido remozado, habían pintado las paredes, no había un solo mueble, nada que recordara la presencia de la mujer. Desolado, recorrió las habitaciones hasta que al abrir un clóset, atorado en el hueco que se había entre uno de los entrepaños y la pared, en-

contró un pequeño arete al que le faltaba la piedra, seguramente de fantasía. Aprovechando el descuido del agente se lo guardó en el bolsillo y salió del departamento sin siquiera preguntar por el monto de la renta ni cosa parecida. Una pequeña joya mutilada era lo único que le quedaba de la mujer que durante algunos meses había sido su obsesión y también su compañía.

Pasaron varias semanas más. X olvidó a la mujer. Una tarde, cuando ya el recuerdo se había borrado del todo, recibió una carta que contenía varias fotos. Entonces ocurrió una suerte de milagro: en las imágenes se podía ver a mi amigo vistiéndose para salir a trabajar, mirando la televisión, paseándose en *shorts* por la casa, escribiendo en su computadora. X logró determinar el ángulo en que habían sido tomadas esas fotos y miró a través de su ventana. El único punto posible era la azotea del edificio donde vivía. Había sido cazado. Las imágenes venían acompañadas de una nota que decía: "Gracias por ayudarme a encontrar mi verdadera vocación".

La física cuántica postula que el observador modifica lo observado. Nunca esta máxima fue más precisa que en aquel momento. Al saberse espiado mi amigo se dio cuenta de que había caído en una trampa y, más humillante aún, que la vecina a la que había estado espionando le había dado una sopa de su propio chocolate. Lo peor de todo no fue eso: había una serie de fotos que lo mostraban espionando con sus binoculares a los vecinos.

Unos días después al llegar a su casa encontró una carta tirada en la entrada. La habían arrojado por debajo de la puerta. Era una invitación para asistir a una exposición de fotografías en una galería de la ciudad. La muestra llevaba el infortunado título de *La mirada del náufrago*. Impresa en el reverso había una foto que mostraba claramente el perfil de mi amigo observando a través de sus binoculares la vida de los demás.

Nunca fue a la exposición, no se atrevió. Al preguntarle la razón, mi amigo me dijo que hubiera sido demasiado, "como atravesar un espejo", según sus propias palabras. Un día se encontró a la fotógrafa en la calle, ambos se miraron, se reconocieron, pero pasaron de largo. Hoy los binoculares yacen ocultos entre los estantes de sus libros, cubriéndose de polvo. De cuando en cuando mira el ya oxidado arete de bisutería y lo asalta la vaga sensación de ser un náufrago perdido en el laberinto de su propia casa. ■

Para mi descargo creo que la actividad del chismoso es también, en muchos casos, la del escritor.